

Carta de Dinamarca

El fantasma de Elsinor

Jorge Andrade

En los subterráneos del castillo de Elsinor –vigía sobre el Sund que separa Dinamarca de la costa de Suecia– habita su espíritu. Sentado, aparentemente sumido en un sueño profundo, en realidad vela para proteger el destino de los daneses. No es el padre de Hamlet, fantasma funesto del rey cuyo egoísmo exige a su hijo que venga su muerte y repare su honor personal manchado por el incesto del hermano con la reina, aun a costa de la salud del país. La reparación de la virtud de la familia real, aunque entonces aludiera a la virtud de la nación, arroja a Dinamarca en brazos del ambicioso noruego Fortimbrás, que recibe como heredero el trono que la traición, la muerte a destiempo y la precipitación de la sangre dejan vacante. El rey Claudio, concupiscente y débil, es incapaz de gobernar porque le falta convicción para disciplinar al príncipe, y la personalidad inteligente y sensible del heredero Hamlet no basta para encarnar el poder cuando lo que hace falta no es reflexionar sino decidir. El príncipe Hamlet, incapaz de actuar por consideración a sus escrúpulos, representa la contracara de Fortimbrás, que apunta certero a su objetivo sin reparar en medios.

La tragedia del príncipe Amled, que se fingió loco para vengar la muerte de su padre, se desarrolló en el siglo V y en ella se inspiró Shakespeare, once siglos después, para crear la mayor de sus obras. Los acontecimientos históricos ocurrieron en la isla de Mors, junto a la península de Jutlandia, no en el castillo de Kronborg, en Elsinor (hoy Helsingör), que se construyó en vida de Shakespeare y en el cual el autor situó los hechos.

El actual fantasma de Elsinor que, a diferencia del de la tragedia, no sólo es virtuoso sino positivo, es el caballero Holger el Danés, cuyas aventuras de paladín cantan las más antiguas sagas danesas. Autor de numerosas hazañas guerreras y fiel custodio del emperador de los francos, su carrera de valor y virtud lo llevó a sentarse a la mesa redonda del Rey Arturo. Sin embargo, su historia concreta en su forma contemporánea de estatua sedente que duerme en las cuevas donde se acuartelaba la guarnición del castillo, tiene un origen mucho más reciente. A comienzos del presente siglo Anders Jensen, dueño del entonces internacionalmente famoso Hotel Mrienlyst de Elsinor, conocedor como buen danés de las crónicas de Holg-

ger, mandó construir la enorme estatua de bronce que en 1907 expuso al frente de su hotel y que desde poco después, bajo el aparente sueño, se mantiene alerta en los subterráneos del castillo de Elsinor para defender a Dinamarca cuando ésta sea amenazada. De hecho, el principal grupo de resistencia a la ocupación nazi adoptó el nombre de *Holger el Danés*.

Un hombre, una metáfora, ya que el verdadero héroe legendario que vela para defender la libertad del país es el espíritu de los daneses. En su pequeño territorio de 43.000 kilómetros cuadrados, sin contar la isla de Groenlandia, los cinco millones de habitantes de Dinamarca gozan de uno de los niveles de vida más altos del mundo con una equitativa distribución de la riqueza. No obstante, el valor más apreciado por su población es la tolerancia, una de cuyas consecuencias menos significativas pero más propicias al sensacionalismo ha dado a Copenhague, la serena capital del país, una fama inmerecida. Durante muchos años fue considerada la meca del género porno. Hay en eso algo de verdad, pero como ocurre con las verdades parciales, se vuelve mentira porque oculta el resto de la realidad. Ésta consiste en la actitud de una sociedad madura, que llevó a la reforma legislativa de los años sesenta destinada a abolir todo tipo de censura. El gobierno socialdemócrata de aquel entonces propició, entre otras medidas favorecedoras de la libertad, la despenalización de las publicaciones pornográficas. Paradójicamente, el que completó la reforma abordando sus aspectos más espectaculares fue el ministro de un gobierno conservador, que propugnó la ampliación del carácter no delictivo de la pornografía a todos los medios de expresión, alcanzando al cine, lo que después se extendió al video. En los fundamentos de su propuesta el ministro se expresó públicamente en unos términos tan directos y crudos que son difícilmente admisibles para la sensibilidad más retórica de un lector de cultura mediterránea. En definitiva, el ministro venía a decir que la sexualidad es algo relacionado con la madurez de los individuos y que cada uno, llegado a adulto, debe poder elegir por sí mismo y sin mentores. El llamado Museo de la Erótica de Copenhague es en realidad una muestra permanente de las manifestaciones pornográficas del ser humano a través de su historia. La conclusión que puede extraerse a partir del material que se expone allí es que siempre la exhibición directa de la sexualidad humana, sin ningún tipo de elaboración estética, ha tenido algo de infantil y sorprende por su ingenuidad. Lo que se hace más evidente en este país, ya que apenas a cincuenta kilómetros de su capital se desarrollaron las escenas más violentas, apasionadas y eróticas de la historia del teatro que sembraron de muerte el castillo de Elsinor.